

XXIV.

Cuando vió empeñado el fuego entrè su padre y su prometido, Margarita desertó prudentemente del campo de batalla y se retiró á su cuarto. Cerró la puerta con precaucion, y se dejó caer en una silla, rendida por la emocion, como al salir de uno de esos sueños confusos y agradables que el alma trata en vano de reanudar cuando vuelve á entregarse al sueño.

Aquel cuarto, modestamente blanqueado, silencioso como un alma continuamente replegada en sí misma, contenia una camita con cortinas de indiana y una mesa de nogal con tapete de guipure, sobre la que estaba colocada una copa de cristal verde, que todas las noches, al toque de oraciones, iba la jóven á llenar en la fuente. De la pared colgaba un pequeño espejo con marco de metal, adornado con una rama de boj y un ramillete de labanda.

Aquel era el misterioso santuario donde Margarita habia esperado hasta entonces, con resignado corazon, la palabra de la vida humana; donde iba todas las noches á respirar el penetrante

olor de las verbenas y las albahacas, y á contemplar el cielo estrellado, como si buscase en aquel gran libro cabalístico, escrito con caracteres de fuego, el horóscopo de su destino.

¡Y tenia que decir adios á aquellos muros poetizados y santificados por tantos ensueños y tantas oraciones! ¡Tenia que abandonar aquella existencia apacible, tranquila, feliz en su monotonía!.... ¿Y por quién? Por un desconocido, por ese misterio terrible y amenazador que se llama un esposo. ¿Qué querrá ese hombre, vestido de negro, y con corbata blanca, que dá la mano á una jóven con velo de muselina y la conduce ante el primer magistrado del pueblo?.... Se cambia un juramento, y la jóven pierde su nombre, el nombre de su padre, ese signo sagrado de la persona, para llevar el nombre de otro, ser suya, respirar con su aliento y querer con su voluntad. Luego corren los vinos, humean las viandas, y las canciones alegóricas y los atrevidos epitalamios se suceden alegremente hasta la hora en que las bujías agonizan y los convidados sienten sus cabezas invadidas por el sueño. Entonces la madre toma una luz, su hija la sigue vacilando, se cierra un puerta.... ¡es la puerta de la eternidad!

Poco á poco las sombras de la noche habian invadido el cuarto de Margarita. La jóven sintió en todo su sér una impresion de desfallecimiento,

dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla y cerró los ojos.

Y en tanto que reposaba en esta especie de anonadamiento, parecióle que las cortinas de su lecho se abrían dando paso á un espectro, á un hombre pálido como un cadáver, de cuya frente, perforada por un balazo, brotaban delgados hilos de sangre. Acercóse lentamente á la silla de Margarita, inclinó sobre ella su cabeza, y la jóven sintió caer en su rostro una caliente gota. Luego creyó oír una voz que decía: «¡Él me mató! ¡aún tiene en su cuarto la pistola que me arrancó la vida!»

Margarita lanzó un grito de horror, y este grito ahuyentó la vision. Cuando abrió los ojos, vió el rayo de la luna reflejándose en las cortinas de su lecho, y escuchó.

La discusion sobre el imperio habia seguido su marcha, es decir, habia pasado del jardin á la calle, y amenazaba ir hasta la extremidad de Royan.

—Sí, capitán,—exclamaba con animacion el escribano;—lo digo y lo repito con toda la sinceridad de mi alma: prefiero un rey sin ceremonia, que reine con el paraguas debajo del brazo, y no vaya á llevar la perturbacion al mundo entero. Con un rey así se vive con seguridad, sin ir á incendiar la casa del vecino, á riesgo de que incen-

dien tambien la nuestra. Pero nos hemos extraviado, y á fuerza de charlar, vos habeis olvidado decirme y yo he olvidado preguntaros qué hicisteis del rey José.

—Le conduje de incógnito á Taupignac,—respondió el capitán.—Al dia siguiente, antes de amanecer, le embarqué en mi goleta, bajo los bigotes de los aduaneros: tal vez creyeron éstos que se trataba de un negocio de contrabando; pero conocian mi génio y volvieron prudentemente la cabeza á otro lado. Una hora despues dejaba al monarca fugitivo en la rada de Verdun, á bordo del brik americano el *Comercio*, capitán Misservey. Habia conocido en otro tiempo al capitán, por haber tomado juntos al abordaje una corbeta inglesa, y al entregarle el fugitivo le dije un nombre cualquiera.

—Está bien,—dijo;—bajad ese hombre á mi cámara, y con la ayuda de Dios, os prometo que llegará sano y salvo á su destino.

Y cuando iba á volver á mi goleta, me detuvo y me dijo:

—Sé quien es vuestro hombre: es el ciudadano Carnot.

—Algo más,—respondí.

—¿Más?... Vamos: creo que el capitán Samuel ha perdido la costumbre de hablar.

El capitán americano dió una órden, y el Co-

mercio aparejó un momento despues. Yo voy á hacer otro tanto para el viaje más feliz de mi vida. Pero la noche avanza..... Adios, señor Broutet.

Al volver á su casa, el capitan Samuel vió un hombre enfrente de la ventana de Margarita, y reconoció á Plácido Goupilleau.

—¿Qué haceis ahí?—dijo bruscamente.

El carnicero reconoció al capitan.

—¡Pardiez!—dijo;—estoy mirando la ventana de mi futura.

—En ese caso, seguid vuestro camino.

—¿Por qué?

—Porque solo yo tengo ese derecho,—replicó el capitan.

—¡Comprendo! La muchacha habrá cambiado de idea.

Y á fuer de hombre prudente, tocó retirada.

Al dia siguiente, para vengarse de su humillacion, decia á todo el mundo:

—¡Sabeis lo que hay? Margarita Broutet se casa con el hombre blanco.

Y añadia para sí:

—Pero yo tengo el pagaré.

XXV.

Algun tiempo despues, al mediar un hermoso domingo, la multitud que salia de misa vió aparecer por el camino de la Tremblade el espectro de una vieja carroza desvencijada, cuyas ruedas traseras parecia que trataban de quedarse en el camino, segun la distancia que habia desde su eje al centro de gravedad.

Esta reliquia de los vehículos del siglo XVIII vino á encallar pesadamente ante la puerta del escribano, y á juzgar por su apariencia, debia contener algun personaje importante de las cercanías, porque el carretero Larose habia enganchado á aquella barraca ambulante sus dos mejores caballos, Brindamour y Cambronne, y él en persona, cabalgando en Brindamour, conducia orgullosamente el vehículo.

El guardabosque Gargani, á pesar de su dignidad de funcionario público, hacia el oficio de lacayo, colocado sobre la trasera, y agarrándose á la argolla de una correa ausente, luchaba heroicamente por conservar la perpendicular, viéndose lanzado al aire por cada choque del pesado carruaje.

Larose levantó el brazo y ejecutó en el aire una brillante fantasía de latigazos, á cuya señal la puerta del escribano giró sobre sus goznes y describió chillando un cuarto de círculo.

—¡Arre!—gritó el postillon viendo abierto el paso.

Y largó un latigazo á Cambronne, que guardó la inmovilidad de su glorioso homónimo en la batalla de Waterlío.

—¡Arre!—repitió Larose con más energía.

Y apoyó vigorosamente la espuela en el flanco de Brindamour.

Brindamour resolló con esfuerzo; pero no hizo más que resollar.

—¡Arre! ¡mil truenos!

—¡Noventa y dos!—dijo una voz en el fondo del coche.

Larose tomó el partido de golpear á diestro y siniestro con el mango de su látigo sobre los recalitrantes animales.

Entonces los caballos arrancaron, y de un solo tiron metieron el carruaje en el patio del escribano.

Gargani saltó de su puesto y abrió la portezuela, descendiendo ligeramente del coche una señorita endomingada con toda la pesada coquetería de un atavío de pueblo. El guarda metió enseguida la mitad de su cuerpo en la carroza y

sacó primero un baston con puño de plata, y luego un viejecillo, tieso aún y respetablemente obeso, envuelto en un largo redingote y con la cabeza cubierta con un gorro de seda y un sombrero gris por arriba y verde por abajo.

Cuando sus piés se sentaron en tierra, el viejo estiró la pierna derecha y luego la izquierda para asegurarse de que los violentos movimientos del coche no habian estropeado ninguna parte esencial de su persona.

Hecho esto, sacó una bolsa de estambre amarillo en forma de alforja, tomó de uno de los lados una moneda de cinco francos y del otro cuatro sueldos y poniendo la pieza de plata en la mano de Larose, dijo:

—Esto por el viaje.

Luego le entregó los cuatro sueldos, añadiendo:

—Esto de propina.

—¡Eh! —dijo Larose permaneciendo con la mano extendida;—supongo que esos niños estarán ahí para anunciar á su papá.

—Yo me atengo á nuestro convenio.

—¡Nuestro convenio!—repitió el carretero con el candor de un hombre acostumbrado á perder la memoria cuando le conviene.

—Sí; acuérdate bien.

—Recuerdo que me ofrecísteis cinco francos de propina.

—Sin embargo.....

—Vamos, era una broma.

—No por cierto. Todo contrato, dice el Código, es valedero cuando tiene una causa y un objeto.

—Veamos la causa,—dijo el carretero.

—La promesa de no jurar que hiciste al ponernos en marcha.

—¿Y el objeto?

—La retencion que debo hacerte por cada juramento, porque todo cristiano debe impedir que su prógimo cometa un pecado.

—¡Diablo!—dijo Larose convencido por el grito de su propia conciencia, y aplastado además por la autoridad del Código.

—Ahora bien; mira,—añadió el viejo sacando su cartera;—á cada infraccion del tratado he hecho una señal: puedes contarlas.

—Contad vos mismo.

—Hay noventa y dos: hice la última en el momento de pasar, bajo el dintel de la puerta. Y siendo un sueldo el precio de cada delito, no te debo más que ocho, porque quien de ciento quita noventa y dos..... ¿sabes aritmética?

Larose estuvo tentado á tirar la irónica propina á la cabeza del viejo.

—¡Qué quereis!—dijo,—esa carroza rueda tan mal que mis caballos no hubieran podido tirar de ella sin que los animase con mis voces.

El viejo se guardó la bolsa, se puso el baston debajo del brazo, se pasó la mano por los faldones de su redingote y se encaminó magistralmente á casa del escribano.

Larose desenganchó á Cambronne y Brindamour, y luego, amenazando con la mano al viejo, exclamó en voz baja:

—¡Bien me la has jugado, maldito; pero me la has de pagar!

Y condujo los caballos á la cuadra.

El escribano y el capitan Samuel, en calidad de miembro futuro de la familia, salieron á recibir hasta la puerta al recién llegado, y cogiéndole cada uno por un brazo, le introdujeron en la casa con el cuidado requerido por su gota y su volúmen.

Esta gota y este volúmen constituian al juez de paz Jerónimo Lalande, que residia todo el año á una legua de su pretorio, en el castillo de Chaillette, propiedad nacional que habia comprado completamente amueblada en la época de la revolucion, yendo solamente los jueves á Royan para administrar justicia.

Hacia siempre sus viajes á caballo; pero aquel dia una circunstancia excepcional le habia obligado á sacar de su retiro la secular carroza del último baron de Chaillette. Era la llegada de Emiliano Sabran, su sobrino, ó más bien, su hijo adop-

tivo, que estaba en París estudiando derecho. Jerónimo Lalande había querido recoger á su sobrino *in ficocho*, y para más solemnidad, había llevado consigo á Isabel, hija reconocida, hacia muy poco tiempo, porque Jerónimo Lalande había vivido siempre soltero.

En tanto, Mme. Melania Broutet, encerrada en la cocina, como en una plaza fuerte, agotaba toda la ciencia culinaria de su repertorio para honrar, como ella decia, á un señor de París. Una torta, de la dimension de una rueda de molino, se cocia poco á poco en el horno; una lubina ó perca de mar se asaba sobre un lecho de hojas de laurel; un asador, poseido del furor sagrado del dervis, arastraba en su movimiento de rotacion á un respetable pato, y por otra parte, una fuente de leche hervida tomaba súbitamente el estado de cuajada por el mágico contacto de un puñado de flores de cardo.

Margarita, por su parte, demostraba sus gustos artísticos extendiendo sobre la mesa un mantel coquetamente anudado en las esquinas, y poniendo al lado de cada cubierto una servilleta doblada en forma de cucurucho, de lazo ó de cartera.

Hacia ya algun tiempo que habia dado la hora de comer, y la sopa esperaba en su puesto de honor la llegada del estudiante de París.

—Ya que nuestro jóven no aparece aún en el

horizonte,—dijo el escribano,—voy á enseñaros una maravilla.

Y condujo á los convidados al jardin, deteniéndose ante una platabanda cuajada de claveles.

—¿La veis?—dijo.

—¿Dónde?—preguntó Isabel.

—Ahí, delante de vos; esa que os mira y os dice en su lenguaje: Sois bella, señorita; pero puedo rivalizar con vos. Ahí, os digo; esa flor única, porque el rosal no ha querido dar más que un ejemplar; esa rosa de color de carne, de un matiz parecido al de la flor de melocoton. Diez años hace que busco ese matiz, y siempre salian con un tono más alto ó un tono más bajo: habia motivo para creer que el diablo soplabá en los estambres. Pero al fin he realizado mi sueño respecto á ese color, y ahí le teneis en esa rosa que se ha abierto esta mañana, y que será conocida con el nombre de Margarita. Quiero enviársela al presidente la Sociedad botánica de Burdeos. ¿Qué decís de eso, capitán?

Samuel admiró sin reserva el descubrimiento del escribano.

En aquel momento el sonido de una bocina anunció la llegada de la diligencia de Rochefort á la calle principal de Royan.

—¡Ahí está Emiliano!—gritó Jerónimo Lalande.

Y fué á tomar posicion en la puerta de entrada, apoyado en su baston, para abrazar el primo á su sobrino.

Isabel se colocó á la derecha de su padre, y llamando á su lado á Margarita, la dijo:

—Ponte ahí..... Siento latir mi corazon con tal fuerza, que temo caer..... ¿Crees que me reconocerá? He cambiado mucho durante su ausencia.

—Y has embellecido tambien,—respondió Margarita.

—¡Calla, aduladora! Para castigo, voy á devolverte el cumplimiento..... Es esa una cosa que hay que dejar que la diga el espejo.

Y acompañó esta declaracion de principios con una sonrisa de satisfaccion.

XXVI.

Un momento despues Gargani entraba en el patio llevando sobre sus hombros una maleta de cuero adornada con una placa de plata y en la mano un saco de noche de tapicería, lujo de viajero que estaba entonces en todo el esplendor de su novedad. Emiliano Sabran seguia al guarda de campo, escoltado por un guarda de corps de figu-

ra sospechosa: era el primer perro de Terranova que aparecia en Royan.

Tamboril, el perro del escribano, era partidario de la paz á cualquier precio, á pesar de lo cual protestó contra la invasion del recién llegado con unos ladridos terribles: el Terranova permaneció impasible; pero cuando Tamboril, pasando á vías de hecho, operó un movimiento de conversion para cojerle por detrás, el intruso cambió de frente, y de un solo ataque arrojó á su adversario á cuatro pasos de distancia.

Durante esta escena de guerra civil, Isabel observaba en silencio á su primo de los piés á la cabeza. Emiliano Sabran llevaba un sombrero ligeramente cónico, y su barba rubia estaba dividida en forma de cola de milano; una corbata color de caña desplegaba su lazo de un hombro á otro sobre un chaleco blanco, y en fin, una cadena de oro caia sobre la delantera de su ancho pantalon. Contemplando aquel primo tan elegante y magnífico, Isabel experimentó en el fondo de su alma un sentimiento indefinible de orgullo y de inquietud.

Emiliano andaba con la cabeza alta y afectado continente: se acercó con desenvoltura al juez de paz y le dió bizarramente un abrazo.

Al recibir este asalto, el juez de paz vaciló sobre su baston y dijo:

—Por poco me derribas.

El joven cogió en seguida la mano de Broutet y la estrechó con efusion; luego, retrocediendo un paso, le hizo un profundo saludo.

—Me alegro mucho de veros,—dijo al anciano.

Tras esto, se ajustó su lente é inspeccionó la reunion.

—Aún no me ha visto,—dijo Isabel al oido de Margarita.

Despues de esta revista sumaria, Emiliano se acercó al capitán y le sacudió el brazo como si fuera un antiguo conocido.

—Caballero, os equivocais,—dijo friamente el capitán.

Emiliano sintió su desprecio y se ajustó de nuevo el lente.

—Perdonad,—dijo,—creia conoceros.

—Me conoceréis más adelante,—replicó el marino.

Experimentaba ya una repulsion instintiva contra el recién llegado.

Isabel, en tanto, enrojecia de despecho.

—Dá un beso á tu prima, hombre,—gritó el juez de paz, impacientado por el aturdimiento de su sobrino.

Emiliano se dignó, al fin, fijarse en la joven, y besándola ligeramente para tranquilidad de su conciencia, dijo:

—Has crecido mucho; pero haces mal en llevar mangas anchas: hace mucho tiempo que pasó esa moda.

Isabel se sintió vacilar y se apoyó en el brazo de Margarita.

El joven dirigió á ésta un silencioso saludo; en seguida sacó un escudo y se lo echó á Gargani.

El guarda recogió la moneda y la dió vueltas en su mano sin atreverse á meter en su bolsillo semejante exceso de generosidad.

El viejo juez se estremeció.

—No guardes esa moneda,—dijo á Gargani;—yo pagaré la comision.

Y tomó el escudo y se lo devolvió á su sobrino, diciendo:

—Al paso que vas, muchacho, pronto derrochas tu herencia.

—La comida nos espera,—dijo el escribano para cortar aquella leccion de economía.

Emiliano Sabran quiso aprovechar la ocasion para introducir en Royan una costumbre de sociedad: fué en busca de Mme. Melania á la cocina y la ofreció el brazo para conducirla al comedor.

Mme. Melania daba en aquel momento la última mano á una crema con vainilla, y bajo aquella afectacion de amabilidad, creyó adivinar una intencion de burla.

—Gracias,—dijo bruscamente;—no voy ahora á paseo.

La comida se habia dispuesto segun el programa abrumador de un banquete de provincia, viéndose, por consecuencia, sobre la mesa una abundancia de ostras, rábanos, salchichon, pecessecos, pepinillos y otros entremeses, capaz de poner en derrota el formidable apetito de una compañía de cazadores de Africa. Los platos iban, desaparecian y desfilaban en silencio, porque tanto el juez de paz como el escribano, impresionados por las maneras románticas de Emiliano, habian caido en una profunda meditacion inspirada por la metamorfosis que aquel jóven, educado en el seminario de Pons y hasta entonces tímido como un seminarista, habia sufrido en la atmósfera de la moderna Babilonia.

El estudiante, colocado entre Margarita é Isabel por una delicada atencion del dueño de la casa, dirigia la palabra tan pronto á la una como á la otra con un laudable sentimiento de equidad. Poco á poco, sin embargo, acabó Margarita por monopolizar la atencion de su vecino: la severa belleza de la niña habia seducido la imaginacion poética del estudiante, que poseyendo la gracia de la palabra, la prodigó en aquella ocasion con una verdadera coquetería.

Margarita, deslumbrada por aquella especie

de fuegos artificiales, apenas se atrevia á abrir los lábios, y contestaba solamente con una sonrisa, ese primer talento de la mujer. Isabel, en tanto, con el rostro inclinado sobre el plato, devoraba sus celos, y á cada momento pedia á su primo un vaso de agua para interrumpir su conversacion con la hija del escribano.

Cuando terminaban los platos fuertes, el juez de paz creyó llegado el momento de hacer sufrir á su sobrino un interrogatorio que pudiera devolverle la estimacion de los comensales, y dijo:

—Supongo que no habrás malgastado el tiempo y que volverás de París con un buen caudal de conocimientos.

—¿Podeis hacerme semejante pregunta, querido tio? Ved cómo empleo el dia: por la mañana, antes de almorzar, clase de derecho romano, indigesto hasta dejarlo de sobra; á los doce, clase de filosofía de la historia, con la cual un buen hombre arranca á Dios su secreto sobre la humanidad; á la una, clase de sanscrito; sé el sanscrito como nuestro padre Adan, porque está probado que Adan hablaba sanscrito. Dadme una Eva,—añadió mirando á Margarita,—y os prometo perder por ella mi parte de paraíso, en lengua primitiva y sin cometer una sola falta gramatical.

—Está bien,—repuso bruscamente el juez de paz;—pero ¿en qué pasas la noche?

—La paso en una reunion literaria llamada la Bohemia, sociedad escogida de hombres de talento, poetas, periodistas, pintores y escultores. Hacemos versos, escribimos, cantamos, elevamos ó derribamos á nuestro gusto los talentos..... por que debo deciros que tenemos entrada en casa de Nodier, de Víctor Hugo, de Lamartine.....

—¿Conoceis á Lamartine?—exclamó Margarita con la ingénua viveza del entusiasmo.

—Como os conozco á vos, señorita, y poseo en mis archivos un certificado de poeta firmado por su mano. Si encuentro algun dia una musa que me inspire, puede estar seguro de que haré honor á ese documento.

Al decir las últimas frases, el estudiante miró á Margarita.

—Además,—repuso,—reinamos en el teatro, y Mlle. Mars, que juega al ecarté con nosotros, nos mira con mucho respeto.

El juez de paz frunció las cejas y no pudo menos de pensar:

—Me parece que este mozo debe tener en circulacion más de un pagaré.

Mme. Melania servia en aquel momento, como primer plato de los postres, un verdadero océano de leche. Emiliano tembló al verlo, y sacando con cierta negligencia su petaca de terciopelo adorna-

da con una corona de conde, la presentó al capitán Samuel, diciendo:

—¿Acceptais, caballero, un cigarro habano?

—Yo no fumo más que en pipa, y siempre despues de comer,—respondió secamente el capitán.

—Pues yo,—repuso Emiliano,—estoy acostumbrado á fumar antes de los postres: es el sistema de lord Seymour. Dispensadme, señores.

Y abandonó la mesa, con escándalo de la etiqueta provinciana, antes que sirviesen la leche.

—Le he dejado mucho tiempo en París,—dijo el juez de paz,—y se ha hecho demasiado impertinente.

Viendo á aquel indiscreto convidado tomar el camino del jardín, el escribano experimentó un secreto malestar, como si presintiese una desgracia próxima.

XXVII.

Emiliano Sabran fumó lentamente su cigarro en el jardín, para dar tiempo á que se agotase aquel mar de leche que habia amenazado inundarle, y cuando creyó que podia hacerlo sin peligro, volvió al comedor. Apenas apareció en el umbral,

el escribano lanzó un grito, como si le hubieran dado una puñalada.

El fumador lucia la rosa incomparable en un ojal de su levita.

—¡Qué habeis hecho!—exclamó tristemente el desgraciado floricultor, indicando el cuerpo del delito.

—Honrar,—respondió Emiliano,—á la flor más vulgar de la creacion, poniéndola en el ojal de mi levita.

—¡La más vulgar, caballero! ¡La rosa Margarita, de un matiz, de un color completamente nuevo!....

El escribano comprendió que iba á faltar á los deberes de la hospitalidad y relegó su indignacion al fondo de su pecho; pero no pudo menos de dirigir la última mirada á la rosa inmolada en su virginidad.

Aún lloraba por la gloria de su rosal, desvanecida al ménos hasta la próxima primavera, cuando se oyó en el corral un tumulto espantoso, como si gritasen ¡al asesino! en una lengua desconocida.

Mediante no sé qué instinto profético, Madame Melania creyó reconocer la voz que pedia socorro, y echando la servilleta sobre la mesa, corrió al teatro de los acontecimientos; pero apenas acababa de salir cuando entró el perro de Terranova la-

miéndose el hocico con cierto aire de sarcasmo, y fué á buscar un refugio al lado de la silla de su amo.

Mme. Melania le seguía con el rostro inflamado, el delantal recogido á la cintura y un palo de escoba en la mano. Dejóse caer en una silla, sofocada de emociion y sin poder pronunciar una palabra; pero cuando hubo recobrado el aliento, abrió su delantal con melancólica expresion, y mostrando á su marido lo que contenia, le dijo:

—¡Mira, mira á coliche!

Coliche, nombre propio y genérico á la vez, significa un pato de Berbería destinado á cruzarse con la raza francesa y producir pollos de sangre mezclada, conocidos con el nombre de bastardos, y que son los seres más deliciosos que un goloso puede encontrar en el fondo de una cazuela, bien asados ó bien en pepitoria.

El coliche de Mme. Melania gozaba de merecida reputacion por la elegancia de su forma y la conciencia que demostraba en el ejercicio de su mision. Mme. Melania estaba orgullosa de él y se envanecía viendo á aquel monarca africano pasear orgullosamente su casquete rojo en medio de sus sultanas.

El perro de Terranova, fastidiado por aquella comida interminable, habia ido á hacer un reconocimiento por el corral, y á pesar de su carácter

bonachon y apacible, no pudo ménos de sentir cierta impaciencia al ver la fatuidad del coliche, y una tentación diabólica de reducir á aquel exótico palmípedo á la modestia de su rango en la creacion. Así, pues, dióle caza sin misericordia, y arrastrado por la animacion de la carrera, le degolló de un mordisco más apretado de lo conveniente; pero sin premeditacion, por travesura, por inspiracion de artista más que por ferocidad, echándose despues sobre el campo de batalla para contemplar con la imparcial mirada del análisis las fantásticas palpitaciones y las divertidas pantomimas de la agonía.

Mme. Melania solo llegó á tiempo para recibir el último suspiro de la víctima y llamar sobre el asesino la venganza del cielo.

El cielo, en efecto, parecia participar de su indignacion, porque en el momento en que el juez lanzaba una mirada de reproche á su sobrino y se disponia á interpelarle con severidad, dió de repente un salto sobre su silla y bajó la cabeza como un recluta al oír el primer cañonazo. Una rápida llamarada pasó por los vidrios de la ventana y proyectó una lívida claridad sobre los muros del comedor.

—¿Habeis visto?—murmuró el juez con una expresion de terror.

—¡Pardiez! Es un relámpago,—replicó Emilia-

no, que aprovechó la ocasion para distraer una tempestad con otra.—Hace un momento, cuando estaba fumando en el jardin, he distinguido un nubarron negro como el infierno y coronado por un arco iris.

—¿Un nubarron?—balbuceó el juez sintiendo un fuerte estremecimiento.

Jerónimo Lalande tenia un miedo cervical á las tempestades.

Su padre, galan del antiguo régimen, habia seducido á una jóven, abandonándola despues.

—¡Permita Dios que te mate un rayo!—gritó desesperada la víctima.

Algun tiempo despues, un pastor que conducia un rebaño á los pantanos de Chenaumoine despues de una noche de tempestad, encontró un caballo hundido hasta las cinchas en un lodazal, y sobre el caballo un ginete inmóvil como la estatua del comendador. Reconoció al padre de Jerónimo Lalande, le llamó, y el ginete no contestó; lo cogió por un brazo, y el caballero rodó sobre la yerba. Estaba muerto, así como el caballo; pero ni el cuerpo del uno ni el del otro tenian herida alguna, y la justicia dedujo que ambos habian debido morir heridos por un rayo. Desde aquel dia el juez de paz tenia al rayo como á una maldicion en cierto modo hereditaria, y tanto más, cuanto que tenia sobre su conciencia el mismo pe-

cado; así es que siempre que amenazaba tempestad, corría á ocultarse en un escondite practicado en el fondo de su alcoba.

—Llama á Larose,—dijo á su sobrino con voz entrecortada.

XXVIII.

Larose comía en la cocina y Emiliano le llamó al comedor.

—Amigo mio,—le dijo el juez,—engancha al instante.

—Está bien, mi amo,—respondió el carretero.

Después de esta lacónica respuesta, se volvió á la cocina y continuó comiendo tranquilamente.

Tras un cuarto de hora de espera, el juez levantó precipitadamente el sifio, encontrando á Larose tranquilamente sentado ante una tajada de lubina.

—Engancha, hombre,—le dijo;—¿no ves que vá á estallar la tempestad?

—Un momento, mi amo. Necesito reforzar el estómago, porque el cielo nos amenaza con un diluvio.

Larose había comprendido á la primera ojeada las ventajas de la situación.

—¡Ah, viejo ladron!—pensó;—¡ahora me las pagas!

Bebió el último vaso de vino, dejó la servilleta y dijo:

—Seguidme; ahora soy capaz de desafiar al infierno.

Sacó lentamente sus caballos de la cuadra y los puso los arneses con una ridícula exajeración de formalismo. Alargaba los tiros, los acertaba, inclinaba la cabeza á un lado y á otro, como un artista que contempla su obra, siendo tal su calma que el juez, á pesar de su gota, pateaba de impaciencia.

—¡Vamos, hombre!—gritó.

Larose echó una mirada á Emiliano Sabran, y comprendiendo en la expresión irónica del joven que podía contar con su neutralidad, continuó pasando el tiempo.

—Señor Larose,—dijo el juez.

—Yo no soy señor; soy Larose á secas, ciudadano francés.

—Pues Larose, vas á conducirnos á Chaillevette.

—Sí señor.

—En menos de media hora.

—Eso es imposible.

—En vez de cinco francos, como te dí antes